

co. La violencia está en cualquier parte, no solamente en Ciudad Bolívar, porque la ciudad es ilímite, cada día es más grande, más desordenada y desadaptada. Aquí uno vive tensionado. La ciudad es fría, apática, todo el mundo pelea por todo, aquí se pelea hasta con el espejo, se desespera uno saliendo al centro; entonces, ¿de cuál ciudad estamos hablando? ¿De la del sur, de la del norte, el occidente, el oriente, el centro o toda la "selva de cemento" que parece ser Bogotá? ¿Por qué nadie reconoce la ciudad como suya? ¿Siguen los colombianos y extranjeros residentes en Bogotá creyendo que Ciudad Bolívar es el territorio de mayor incidencia de muertes violentas, como suele expresarse en los medios de comunicación? Eso no es cierto.



En todo caso, lo que sí queda claro es que Bogotá como ciudad es un espacio complejo, siniestro y maravilloso a la vez. Ojalá todos quienes habitamos en ella pongamos de nuestra parte para devolverle el encanto que alguna vez tuvo.

De todas formas, después de leer este libro nos queda como una nueva visión y concepción de la ciudad. Queda uno con la reflexión de cómo será lo particular de la identidad de la ciudad del norte, la vieja ciudad del centro, de otros sitios, frente a las formas de vida, a la historia e identidad de la nueva ciudad de la periferia de Bogotá. De esa ciudad síntesis de las diferentes expresiones socioeconómicas, culturales y políticas de Colombia.

Un mapa hubiera ubicado mejor al lector en la excelente descripción

sociogeográfica que de Ciudad Bolívar hace Alape en la página 24 y en los cuadros salidos de la percepción e imaginación de la realidad conceptualizados por dos de los protagonistas, cuando dicen: "Yo creo que Ciudad Bolívar es como un cuadro de esos abstractos que hacen ahora. Es una mezcla de colores que a simple vista no llevan a nada, pero que muy profundamente tiene la almendra por dentro" (Carlos, pág. 94). Y "Ciudad Bolívar es toda una gran extensión de 240 barrios, sin contar los que ya se están formando. Entonces es un cuadro de muchísimos colores, de rojos y amarillos, de verdes y violetas, de todo lo que quieras, pero es una tonalidad que marca mucho" (Harold, págs. 94-95).

Otro tanto se hubiera logrado en cuanto a ilustración, con unas cuantas fotografías de los hechos ocurridos en los sitios y la época estudiados. Por otra parte, debe señalarse aquí (aunque sea de forma), que en esta primera edición de *Ciudad Bolívar, la hoguera de las ilusiones*, un duende tipográfico hizo que en las páginas 200 y 201 se repitiera lo escrito en las páginas 195 y 196; son gajes del oficio.

En todo caso, un aporte que se debe destacar en esta investigación de tipo histórico-literario y sociológico es, a nuestro entender, lo realizado en los *talleres de memoria*, cuyos protagonistas fueron los mismos jóvenes, quienes generosa y voluntariamente compartieron en charlas sus propias historias de vida.



Algo bien claro es que, en los últimos cuatro decenios de la historia de Colombia, en los diversos cruces de violencias, los sacrificados han sido los

jóvenes, y a ellos no se les ha oído, no se les ha defendido, no han tenido una luz, un apoyo que permita que, por lo menos, se les respete la vida.

Por eso podríamos terminar esta reseña con las palabras finales del libro, cuando sentencia: "La voz de los jóvenes de Ciudad Bolívar, bajó un día por uno de los caminos de grietas y abismos que tienen sus cerros erosionados, y ahora quieren hablar con su auténtica voz, como sintonía definitiva de lucidez y de identidad. La voz de la memoria ha hablado para escribir estas páginas".

HÉCTOR ALFONSO BARBOSA
Sociólogo, Universidad Nacional

De la violentología a la investigación para la paz

Una agenda para la paz

Jesús Antonio Bejarano
Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1995, 268 págs.

El de la violencia es el tema de mayor peso en la historiografía colombiana. Gran parte de los científicos sociales se ha volcado sobre estudios que den cuenta de sus orígenes, causas, modalidades y consecuencias. Los inúmeros escritos al respecto demuestran gran preocupación de los intelectuales colombianos por ese fenómeno. Para Bejarano, sin embargo, parece existir un vacío: "la 'violentología' pareciera agotar la utilidad de su estudio tan pronto se entra en el esquivo terreno de las propuestas de solución" (pág. 7). Así, el autor reflexiona sobre la negociación como componente del proceso de paz. Parte de la teoría de resolución de conflictos teniendo en cuenta las experiencias de Colombia, El Salvador y Guatemala. Propone pasar de la *violentología* a la investigación para la paz. Considera que el no haber diferenciado entre el conflicto armado y la violencia y no haber visto en el interior de ésta los gra-

dos de intencionalidad, hicieron que la violentología no propusiera soluciones. Por eso, Bejarano cuestiona el informe que en 1987 la Comisión de Estudios sobre la violencia presentara al Ministerio de Gobierno. Sus conclusiones, en opinión de Bejarano, son ambiguas, al identificar violencia estructural y violencia intencional y dar por sentado que pesaba más la violencia común que la generada por la guerrilla y el narcotráfico. Para el autor, la "violencia estructural sólo transita hacia la violencia intencional de carácter político cuando se conforman sectores cuyo propósito es desarrollar el conflicto" (pág. 13). No fue suficiente, sostiene el autor, que los violentólogos hubieran puesto énfasis en la estrechez del espacio político o en la pobreza como causas de la violencia, porque esto sólo conduce "al énfasis en las reformas políticas o en la justicia social como el terreno más promisorio".



Para intentar una solución política del conflicto, Bejarano considera que se requiere sistematizar los elementos más relevantes en la perspectiva de una negociación: 1. La formación del conflicto; 2. El análisis de las incompatibilidades; 3. La conducta de los contendientes; 4. Los elementos de la formación de la paz. En cuanto al primero, Bejarano reconoce los logros de la violentología en la reconstrucción de las luchas campesinas que originaron los movimientos armados, en la elabora-

ción de biografías sobre los protagonistas de la guerrilla, sobre sus programas políticos, etc. Pero, en cambio, no se conocen a cabalidad las estrategias de expansión militar y territorial, los matices de la configuración interna de la guerrilla y los procesos de integración-desintegración de la unidad guerrillera, definitivos, según afirma, para la marcha de la negociación (pág. 17).

Bejarano enfatiza que en El Salvador no se dio el entrecruzamiento de violencias que se advierte en Colombia, y que esa nación centroamericana se distinguía por ser una sociedad militarizada distinta de la colombiana. Aquí cabrían algunas anotaciones.

Una tendencia militarista que despuntó a finales de la década de los setenta parece haberse generalizado, hasta el punto de que la sociedad colombiana de los noventa gira en torno a militarismos: ejército, guerrillas, paramilitares, delincuencia armada, narcotráfico. Por cuanto Bejarano afirma que no se trata en Colombia de una guerra de las dimensiones de la salvadoreña en 1992, son oportunos algunos comentarios. La guerrilla se ha apoderado de grandes extensiones, su dominio cubre el país entero y por tiempos paraliza la economía nacional. Son muchas las regiones donde el orden es el que la guerrilla impone, en la mayoría de los casos sin elección para los pobladores. Es justo reconocer que cuando los voceros guerrilleros afirman que hay un empate entre el ejército y ellos por no poder vencer el primero a los segundos, tienen sus razones. Si la razón estuviera de parte del profesor Bejarano, quien no comparte esa tesis, no estuviésemos viendo resultados, avances y crecimiento diario de los alzados en armas.

Nos parece que cuando se habla de involucrar a la sociedad civil en el conflicto armado no es para que los ciudadanos tomen posición en favor de la guerrilla o del gobierno de turno. El problema es cómo hacer para que el hombre común se manifieste. Es el pueblo quien debe participar con su voz, y no sólo con sus muertos, en la pacificación.

Hay otro aspecto en que pone a pensar el libro. Aunque el profesor Bejarano apela a la comparación, lo hace con los casos recientes de América Latina.

Hubiera sido útil, sin embargo, volver sobre experiencias en la misma Colombia. Sobre todo en un caso que, por haber tenido la presencia de los militares como auspiciadores de la paz es importante. Me refiero a la pacificación de los tiempos del gobierno de las fuerzas armadas. La paz se hizo entre militares y guerrilleros. Fue una iniciativa venida del gobierno. El general Alfredo Duarte Blum recorrió el país, se entrevistó con los alzados en armas, rindió informes sobre las condiciones en que se vivía en las zonas de influencia de la guerrilla y terminó jugándose las todas por la paz, el indulto, la amnistía y por la rehabilitación de los guerrilleros. Era otra guerrilla, dirán los generales de hoy, pero eran también otros militares. Es otro componente del conflicto que no ha participado en los procesos de paz de los últimos años. Son parte constituyente del conflicto de manera real y dramática.

CÉSAR AUGUSTO AYALA DIAGO
Profesor del departamento de historia
Universidad Nacional

La capacidad de innovación del patrimonio cultural

Pre-textos. Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos

Jesús Martín Barbero

Colección de Ensayo Iberoamericano, Centro Editorial Universidad del Valle, Cali, 1995, 206 págs.

Ni el título ni la carátula en tonos ocre y poco contrastados de este libro alcanzan a presagiar la aventura que le espera al lector en sus páginas, pues se trata de un texto que, al mismo tiempo que interroga la vida cotidiana de los latinoamericanos, derrumba los lugares comunes desde los que usualmente se responde por esta vida y construye una nueva manera de darle respuesta. Y esto no se alcanza a vislumbrar en un título que pareciera convocar únicamente a especialistas de la comunicación, cuan-